

Testimonio de Carmen Manjón, burgalesa, miembro del Opus Dei, que vive en Kenya desde hace más de 20 años.

Nací un 26 de agosto del año 1959 en un maravilloso pueblecito de Burgos, Peñaranda de Duero, en el seno de una familia cristiana, la cuarta de una familia de 7 hijos: 4 chicas y 3 chicos. Ahora a algunos les parecerán muchos hermanos pero a nosotros nunca nos lo ha parecido. Tanto es así que hasta hora cuando se reúnen mis hermanos con sus familias parece que no esta completo el festejo si falta alguno.

La verdad es que la mayoría de las veces es mi culpa, pues desde el año 1985 vivo y trabajo en Kenya y, por lo tanto, visito a la familia esporádicamente y siempre por poco tiempo, debido a los muchos quehaceres y responsabilidades en que está ocupada mi vida aquí, en este otro maravilloso país.

Pues bien. Os preguntareis ¿Qué hace esta burgalesa en esas tierras de Dios? Pues estoy aquí porque como en Burgos, Kenya es tierra de Dios y sobretodo los Kenyanos. Como los Burgaleses están llamados a participar de esa vida divina que nos ganó Jesucristo en la cruz.

Por Burgos pasó Santiago y (aquí puedes nombrar otros santos) San Josemaría Escrivá, y tantos otros santos y buenas personas que llamaron la atención de los burgaleses para que se dieran cuenta de que son hijos de Dios y de que Dios les ha creado y llamado a participar de su Vida, haciendo de todas las circunstancias y ocupaciones de los hombres un camino por donde descubrir a Dios.

Desde pequeña me ha atraído lo bello y quería disfrutarlo, pero no yo sólo, sino haciendo partícipes a todos los que estaban a mí alrededor, de ese tesoro que descubría: La primera violeta de la temporada para mi madre. Un

siete-colores que hacia su nido en un árbol de nuestro jardín, para mi padre, un nuevo aguilucho para mi hermano, o un gatito desamparado o un conejito suave y mullido para otro de mis hermanos.

Esto me llevo a estudiar magisterio y me entusiasmo aprender y enseñar en distintos centros escolares o dando clases privadas para enseñar a los niños a estudiar y así descubrir la belleza que encierra la Verdad y la Ciencia.

En una de esas aventuras descubrí un grupo de chicas que tambien disfrutaban aprendiendo y compartiendo su inquietudes, especialmente en su relación y trato con Jesús en los sacramentos y en la oración. Poco a poco aprendí que la Belleza que nunca se marchita y la Verdad que nunca se disipa se encuentra en Dios y que Él es el que sacia sin saciar las ansias de conocer y poseer la Belleza y la Verdad.

Una vez descubierto esto es cuestión de ir ahondando y cada vez se descubre más Belleza y Verdad. O es ¿Amor? Amor que nunca traiciona o cambia o se marchita y que sacia sin saciar todas las ansias de Belleza y conocimiento y posesión de la Verdad.

Pero ¿os acordáis de cómo nunca podía guardarme las cosas descubiertas par mi sola? Pues descubrí que Dios me llamaba a hacerme participe de esa maravilla que es ser Opus Dei: Camino de Santidad y Servicio a la Iglesia, y a todas las almas en la vida corriente de cada día pero iluminando los caminos de la tierra con la iluminaría de la Fe y del Amor de Dios convirtiéndolos en caminos Divinos pues por ellos se descubre a Dios y se le ama.

Al poco de pedir la admisión en el Opus Dei, dos años mas tarde, me propusieron ir a trabajar a Kenya para ayudar en las labores de educación de

la mujer Kenyana, tanto humanamente como profesionalmente y espiritualmente.

Cuando llegué a Nairobi, un 25 de Septiembre de 1985, mire con interés desde la ventanilla del avión las llanuras bastas de tierra quemada por un sol intensísimo. Al aeropuerto vinieron a recibirme Mercedes, española que llevaba entonces 11 años en Kenya y Florence, Kenyana y mas oscura que el chocolate. Vinieron en un coche que ellas creían era bueno. El maletero estaba atado con un alambre que no pudimos deshacer así que me pusieron en el asiento de atrás con las maletas. Cerraron las puertas y empezamos nuestro viaje hacia Kianda, unos 30km del aeropuerto, donde iba a residir hasta que aprendiera a manejarme un poco con el idioma. A la mitad del camino. justo en medio de la ciudad el coche se paró y empezó a echar humo el motor. Entonces dos hombres, mas oscuros que mi amiga Florence, llegaron gesticulando y vestidos mas bien en andrajos se apresuraron a echarnos una mano pues se decían eran mecánicos. Con tonos alegres y autoritarios mandaron a mis amigas que abrieran el capo y empezaron a sacar piezas y tornillos del motor. Mientras tanto yo seguía encerrada en el coche y me dijeron que no saliese pues no pasaba nada. Yo le decía a Dios “si es verdad que he venido a Kenya a darme del todo a hacer lo que quieras de mi, pero ser quemada en este momento y sin haber ni siquiera hecho nada todavía en este país me parece un poco pronto la verdad...” Afortunadamente Mercedes hablaba con mas autoridad que los mecánicos y en cuanto pudo tomo el control y les mando poner todas las piezas otra vez en su sitio, que trajeran agua y la echaran en el radiador ... yo me enteraba de esto por los gestos y acciones pues no entendía ni una palabra de lo que decían. El agua hizo el milagro, el motor empezó a funcionar otra vez y seguimos nuestro camino hacia Kianda después de dar a

los “mecánicos” la propina por su “ayuda” y despedirnos todos contentos y amigos.

Os cuento esta historia con todo detalle porque a lo largo de los 22 años que llevo aquí se ha repetido esta misma muchas veces en otras o similares partes de la ciudad o de otras carreteras del país y siempre con los mismos resultados: Siempre hay gente buena que esta dispuesta a ayudar, aunque algunas veces su ayuda es mas bien un estorbo o un problema, pues no saben como, pero siempre aprenden y te dan las gracias por cualquier detalle que se tiene con ellos.

He aprendido mucho de toda esta gente y sobre todo que siempre están abiertos a la verdad y aprecian la belleza que se les descubre pues la llevan dentro de ellos mismos.

En todos los proyectos que he participado nunca he sido defraudada en este principio: La Verdad, la Nobleza y la Belleza, que son tan característicos de los Burgaleses y Castellanos, se engrandece y ahonda cuando se hace participe de ella a otras personas, y en este caso mío a mis Kenyanos.

Así he trabajado en un club de niñas , Faida, en Kianda College, una escuela de secretariado; en la Administración de diversos centros del Opus Dei. Empezamos una escuela rural y técnica en Tigoni para chicas de los alrededores , hijas de jornaleros que recogen te o café y les enseñamos a emprender pequeños negocios para mejorar su nivel de vida y el de sus familias. A las madres tambien les enseñamos lo básico de higiene y alimentación así como programas para enseñar a leer y escribir a adultos. En Kibondeni, una escuela técnica hostelera conviví con chicas de distintas etnias y partes del país, todas ellas interesadas en aprender este oficio y como instalar y llevar comedores, servicio de lavandería y mantenimiento

en hoteles, escuelas, hospitales o cualquier otra institución. Y todas aprendían y convivían juntas por 3 años y salían mujeres maduras con iniciativa y ganas de mejorar la sociedad con su buen hacer. O ahora que trabajo con madres de familia enseñándolas a querer y mejorar su hogar y su familia a través de los trabajos propios de una esposa y madre de familia y a compaginar su trabajo profesional con hacer de sus hogares un sitio luminoso y alegre donde prenda y mejore el amor a los demás y el deseo de conocer la Verdad y compartir la belleza con cada miembro de la familia. Además trabajo en la Administración de un centro y a la vez en el equipo de instalaciones de los distintos centros y proyectos que se empiezan constantemente en este país y los vecinos. Este año, si Dios quiere, cinco nuevos: dos escuelas, una en la costa de Mombasa y otra en Kampala; y tres más en Nairobi.

Y es que: lo bueno es bello y se extiende por todas partes y prende fuego entre todos los corazones deseosos de conocer y abrazar la Verdad.

Carmen.